

sa, todas sus ternuras de madre, ¡todas las virtudes, en fin, y todas las santidades!.... Y al volver los ojos hacia aquella estrella de la mañana, al recibir en su alma toda aquella luz que descendía del cielo, tuvo la mujer derecho de llamar hijo á su hijo, tuvo un escudo que defendiera su pureza, una ley que rompiera las cadenas de la esclavitud que la sujetaba, una mano que la levantara al nivel de todos sus derechos y la colocara en el puesto que le es debido en la familia y en la sociedad.....

Así brotó del seno del fangal un blanco lirio, así nació la mujer cristiana, que es la mujer redimida, ennoblecida por la Virgen María, á la purísima luz de sus ojos y al calor ardentísimo de su amor; lo que era podredumbre y vicio se tornó perfume, lo que era pantano se convirtió en nube.

Ahora volvamos los ojos á contemplar otras sombras del gran cuadro de la antigüedad.

La sangre de los poderosos, envenenada por la soberbia, hinchaba de orgullo los corazones. Negro y pavoroso abismo separaba de los potentados á los pobres. En Roma, síntesis de todas las grandezas humanas y de todos los extravíos, no se conformaban con que el pobre llevara sobre sus hombros el peso de todas las miserias, sino que todavía arrojaban sobre sus pies las cadenas de la esclavitud. ¡Ah! y ¿qué era la esclavitud?.... la negación de todos los derechos, hasta del sagrado derecho de la vida: el esclavo no era dueño ni de sus propios hijos; tenía lacerado el corazón de dolor y no podía ni exhalar una queja; el cansancio le hacía desfallecer y se le negaba el reposo; tenía hambre y se le daba negro pan amasado con su sangre y con sus lágrimas....

Para el mundo pagano el pobre era una afrenta: se horrorizaba de sus llagas y sentía rubor de sus harapos. Esparta condenaba á muerte á los niños deformes y á los ancianos inútiles, y todas las legislaciones antiguas consideraban al desvalido como una carga social.....

¡Oh, pobres! los que lleváis los ojos bañados en lágrimas y el corazón inundado en amargura; los que sentís sobre los hombros el peso de todas las crueldades y sufrís la agonía de todos los desamparos, volved, volved las miradas á Jesús nuestro Redentor, y ved cómo se ha vestido con vuestros harapos; abrid vuestra alma sedienta para que recibáis el fresco rocío que brota de sus labios; ¡bienaventurados los pobres!.... —Sí, por Jesús, sólo por Jesús se ha conocido la verdadera igualdad entre los hombres: el mundo maldecía á los pobres y El bendijo la pobreza; el mundo aborrecía á los que eran sus parias y El predicó este precepto: amaos los unos á los otros. Pero en la ejecución de esa obra grandio-

sa que transformó toda la faz del mundo, asoció á María, y sobre las rocas del Calvario, cuando goteaba sangre de la Cruz bendita, la constituyó Madre de todos los hombres, borrando así todas las desigualdades y destruyendo todos los privilegios.

Desde ese momento ¡oh Madre! todos los hombres somos tus hijos, y tanto en el soberbio palacio como en la humilde choza del mendigo, todos, al sentir el vértigo del dolor, podremos experimentar que descende á nuestro corazón el consuelo al pronunciar esta dulce palabra: ¡Madre!

Y para nadie será el pobre una afrenta; porque tú eres la Madre de los desamparados, la salud de todos los dolores y el consuelo de todas las amarguras.....

Ya veis, señores, cómo por el ministerio de María fueron resueltos los dos más áridos problemas de las antiguas sociedades: la proclamación de iguales derechos entre los hombres y el ennoblecimiento de la mujer. Pues bien, con la solución de esos problemas fueron cimentadas también sobre firmes bases, las nuevas sociedades y establecidos los principios de todas las instituciones civilizadas de la tierra, naciendo así el verdadero progreso: el que hace del hombre esclavo un hombre libre y convierte la mujer abyecta en mujer pura.

Y sigues, Madre de la Purísima Luz, derramándola sobre el mundo; sigues influyendo en el avance moral de la humanidad; porque el primer elemento de las sociedades es la familia, y en la familia donde tú reinas, reina también el amor, base de toda justicia, purísimo sentimiento que ata con cadena de oro á los esposos, á los hijos con sus padres, á los servidores con sus amos, que hace fácil la obediencia y dulce la autoridad.... ¡En la familia donde tú reinas, reina también la paz!.... ¡ah! ¡la paz!... soñado fantasma tras del cual corren ansiosas las naciones.... ¡sí, fantasma es y será mientras no levantemos al cielo los ojos y el corazón y pidamos á María que inflame nuestra alma en la hoguera de su amor á Jesús; porque Jesús..... es la única y verdadera paz del mundo!....

Sí, ahora que nubes de tempestad ennegrecen el horizonte de los pueblos que se han olvidado de Jesús, ahora que el prócer pretende aplastar al obrero bajo el peso de su oro, y el obrero clava su puñal en el corazón del poderoso, volvamos los ojos á María, reclinemos nuestra cabeza, enloquecida por la fiebre, en su regazo maternal y ella nos enseñará que todos somos hermanos.

¡Oh María! faro que alumbras el proceloso mar de la vida, estrella misteriosa que marcas el rumbo del cielo: tú llevarás á seguro puerto á las modernas sociedades, embriagadas con el humo de un falso

progreso.—Parece que el mundo se desquicia; parece que el ángel de la libertad ha huído de la tierra y que la Justicia se ausentó llorando.... pero no, tú eres el ánfora que encierra la justicia, y pronto, ¡sí, muy pronto, porque eres madre! la derramarás sobre los pueblos que ya tienen hambre y sed de ella: permíteme, ¡oh Madre mía! que en esta solemnidad que es la declaración de nuestro amor, la voz de un mexicano en cuyo suelo te dignaste posar tu planta gloriosa, trémula se levante y, al pedirte justicia, se atreva á recordarte á la doliente Francia que sufre ahora convulsiones de muerte.....

¡Sálvala!.... extiende sobre el viejo mundo tu manto protector para que el amor sonría de nuevo en sus hogares y la justicia de nuevo brille en sus leyes: entonces será verdadero el progreso del mundo..... Y para América; mas ¿cómo no esperar que la virgen América avance por senderos de moralidad y virtud, si has sentado en ella tu regio trono, en el corazón de mi patria, en el bendito Tepeyacatl, y con la ter-

nura de tus miradas has llenado de luz todo su cielo, con tu suavísimo aliento has inundado de perfumes sus valles y todo tu amor palpita en el rumor de sus selvas y en la serena majestad de sus montañas!.....

¡Ah, Madre, Madre!.... Pero.... mi pensamiento se apaga; porque mi espíritu se inunda en tu luz....; te he contemplado un instante influyendo poderosamente en el progreso del mundo y se presentan á mi mente absorta otras grandezas y, cuando empiezan á envolverme en sus esplendorosas radiaciones, afluyen otras y otras en sucesión interminable como las ondas de la mar.... Y mi corazón se estremece... é inefable fruición circula por todo mi ser.... y mi alma hondamente se conmueve y sube á mis labios y vibra en este grito que surge de todos los corazones: ¡Salve, Reina!

DR. JOSE DE J. GONZALEZ.

